

CULTU

Poesía Latinoamericana en Marcha

El Furor Poético de Antonio

Angel Rama

Entre los "pocos poetas que en el mundo han sido", ese puñado de jóvenes poetas que es posible contar con los dedos de la mano y que han establecido ya un nuevo lenguaje poético en el continente latinoamericano, desembarazándose alegremente de sus mayores, de las tradiciones, influencias, redes temáticas que ellos transportaban, para construir una poesía viviente, nacional, regional y universal por iguales partes indistintas, un instrumento del canto y de la persuasión con el cual inventar su mundo moderno, haciendo de la lengua una nueva significación, entre ese asombroso grupo de jóvenes creadores es forzoso citar al peruano Antonio Cisneros.

Sorprendentemente, ha alcanzado ya los 36 años, cuando todo desde sus primeros libros parecía anunciar su consunción entre los fuegos, marcado por un raro furor de vida de naturaleza ígnea que ponía en su escritura un acento resuelto e insolente. Nacido en Lima, la "ciudad horrible" de Salazar Bondy, que sin embargo ha animado cálidamente a esta poesía con sus desolados dioramas cotidianos, su segundo oficio, el de profesor universitario, lo ha transportado por los puntos más dispares del globo, desde la interior Huamanga peruana hasta Southampton, desde Niza hasta Budapest, de todo lo cual ha quedado registro tumultoso en su poesía, como anota melancólicamente en su último libro: "Sido como fui el Fauno real de Niza, la pantera —de Argel— en el Hyde Park, gárgola alegre del valle de Huamanga/oh, vedme convertido en el gorgojo tuerto del Danubio: pimientos y viglias sin rumbo y sin respuesta".

Muy juvenilmente se dio a conocer con dos libritos de poesía, *Destierro* (1961) y *David* (1962), pero fue la aparición en 1964 de su libro *Comentarios reales* que situó distintamente su voz poética y le ganó el Premio Nacional de Poesía del Perú consagrando la aparición de ese gran poeta que el país reclamaba. Desde esos *Comentarios*, su poesía ha seguido una impecable lista de libros en una década: el *Canto ceremonial contra un oso hormiguero* obtuvo en 1968 el premio Casa; *Agua que no has de beber* apareció en Barcelona en 1971, seguido por *Como higuera en un campo de golf* (de 1972) y ahora acaba de aparecer su nuevo título, *El libro de Dios y de los húngaros* (Lima, Libro 1, 1978) coincidiendo con una antología mayor de su obra que hace las veces de pausa "in mezzo del cammin", exactamente en la fecha en que Dante revisa su existencia: Propios como ajenos. Esa antología sitúa a Antonio Cisneros entre los poetas mayores, como quien dice entre los patriarcas correspondientes a la década del

sesenta, pues tras él y su promoción surgió la pléyade urgida del 68 que ya José Miguel Oviedo ha antologizado en un volumen de imprevisto título faulkneriano, *Estos trece* (1973). A pesar del furor juvenil que sigue animando su poesía, no es ya un poeta joven, sino eso más riesgoso aunque quizás menos atractivo, que es un maestro de la poesía latinoamericana actual, vigente, renovada.

Comenzó por torcerle el cuello, no al cisne sino a los maniqués surrealistas, procediendo a una necesaria higiene: desembarazarse de la cosmética cursilona en que vino a parar el epigonalismo surrealista dentro de América, aunque ha sido esa una epidemia de la que los peruanos salieron más indemnes que otros, quizás por la presencia vigilante de Vallejo o por la prudente equidistancia de Westphalen. Un realismo alerta y vivaz, una incursión repentina por el ámbito de la narrativa poética, una irrupción del coloquialismo (aunque siempre distanciado y puesto entre comillas) y una selección muy rigurosa y destellante de la imagen poética, sirvieron a esta higiénica renovación que situó nuevamente a la poesía en el horizonte humano del escritor joven. No se perdió con eso el aire de juego, sino que se acrecentó por un empuje juvenil, ardoroso y a la vez gozosamente humorístico, que inundó su poesía. Esta energía transportaba un notorio mordiente crítico, traslucía la insatisfacción ante el mundo y una despectiva burla, pero ellas quedaron sumergidas en el empuje creativo, compensadas por el esguince humorístico, el rápido pase que ejecutaba la transmutación del diorama ingrato de la vida corriente.

En una actitud que no ha sido exclusiva de él, Cisneros sitúa a su poesía en la encrucijada de las tradiciones y las negaciones. El título solemne del Inca Garcilaso de la Vega que ampara su libro, *Comentarios reales*, no sólo sirve al espíritu crítico y mordaz sobre la realidad de su momento, sino a la absorción de una rica tradición nacional que es molida, devorada y trasmutada por la urgencia poética. Todo ingresa en esa máquina de la alquimia, en especial el venero de la poesía de la mezzo música, la más cursi, la más querida, desde el vals "Hermelinda" hasta las canciones inglesas del tiempo "beatle", sin perder al propio Armando Manzanero: "Ya no sé si esta tarde vi llover es de Armando Manzanero o es el canto primero de mi primera infancia y de nada han servido las

RALES

o Cisneros

silabas contadas y vueltas a contar la guerra santa contra el lugar común de nada el amor viejo por el viejo Arnold Schonberg".

Ello es parte de un auténtico y persuasivo "horror de la literatura" que anima su voz y le procura los aciertos mayores. Porque visiblemente el poeta procura recoger la experiencia auténtica de vida en el revuelto horizonte verbal donde transcurre, lo que intercepta la cita culta con el colonialismo, el aire canalla de la canción popular con la evocación histórica, la pasión de la palabra precisa con el despliegue suntuoso de una narrativa autobiográfica. Parte de la electricidad que anima esta escritura nace de ese conflicto llevado tensamente en vilo. Y si bien progresivamente se ve crecer un rigor selectivo, una estructura más rígida del discurso, una precisión recortada de las palabras, desde los comienzos más sueltos y desarrapados de esta poesía se registraba la iluminación con que la palabra corriente, el giro callejero, entraban a animar el discurso contagiando sus diversas articulaciones literarias.

Esa recuperación de una verdad sorpresiva, como directa y corriente, como hija de la cultura y la decantación también, puede seguirse en un engranaje de los asuntos peculiar a Cisneros pero que en otros poetas latinoamericanos (es el caso de Enrique Lihn) puede reencontrarse: es la confluencia de la vida personal en su refluencia sobre la conciencia, en su revitalización subjetiva, con el impulso de la historia que anima al mundo circundante. Historia y biografía confluyen, se imbrican, se entreveran y por el artificio analógico, puede hablarse de una cuando se habla de la otra. Evidente en los **Comentarios reales** y sobre todo en el **Canto ceremonial contra su oso hormiguero**, donde la historia es percibida críticamente al nivel de las experiencias eróticas o familiares o simplemente cotidianas, esa confluencia ha continuado a lo largo de sus restantes obras aunque haciéndose más elusiva y hasta hermética: en **El libro de Dios y de los húngaros** una imagen obsesiva traduce ese encuentro: el tranvía nocturno que ya no va a ninguna parte. Poemas anteriores, como el antológico "Karl Marx Died 1883 aged 65" del **Canto ceremonial**, o "Pica de Flandes" de **Como higuera**, enfrentaban directa y dramáticamente la historia, más que inquiriendo su verdad traduciendo su tumulto, su existencia en la conciencia del poeta. Con un aire más escéptico, con una pizca de gris melancolía, esa historia se trasfunde en los poemas de **El libro de Dios y de los húngaros**, pero hay aquí un elemento nuevo, inespera-



El horizonte humano del poeta joven.

do, como un juego que repentinamente se ha hecho serio y riesgoso, que confiere una nueva dimensión a la poesía: el poeta ha redescubierto lo divino, ha intuido una custodia permanente, otro modo de la vida que ya no correspondía únicamente a la historia. Dice: "Porque fui muerto y soy resucitado/loado sea el nombre del Señor./sea el nombre que sea bajo esta lluvia buena".

No es la conversión que marcó las letras francesas del primer tercio del siglo, sino la exaltación de un orden de la vida, diríamos la sacralización de esa vida urgente en sus pequeñas manifestaciones. La revelación se produce mientras "llueve entre los duraznos y las peras" y mientras "el sacerdote lleva el verde de Adviento y un micrófono", de tal modo que el tradicional cordero perdido se recupera en la inmediatez reluciente de las cosas humanas. Del mismo modo los poemas al nacimiento de "Soledad Cisneros" unifican la jocundia del amor paterno con esta reluciente sacralización que hace de un "taxi brillante como hoja de afeitar", "el Arca de la Alianza". Detrás de la dispersión y la confusión, se avizora la presencia de un orden que es el que otorga significación a la vida. Y eso se traduce en una escritura más apretada y despojada, más rigurosa y precisa, en una valorización (sacralización) de la palabra que, impávidamente, dice todo con su sola presencia. Un aire meditativo y como un sueño de otro mundo invade este mundo que sigue siendo tan real, tan menudo en sus cosas, tan gratificante, pero más intenso ahora, como esmaltado y relumbrante. Y pareciera que la angustia deja paso a la esperanza, a una confianza más plena en la vida, a una expectativa de "lo que no conocemos y apenas sospechamos". Porque el poeta se ha abandonado en la mano de Dios y ha apostado a su sabiduría y a su misericordia.